DANIEL O'CONNELL.

Publié par Pagnerre

Paris, Imp. Chardon Aîné et fils, Rue Hautefeuille, 50.

O'CONNELL.

Apenas acababa [illegible] resplandor de su gente [illegible] el horizonte de Irlanda.

Si yo me propusiera [illegible] orador parlamentario, principal [illegible] nica á la nuestra y nuestra tribuna [illegible]

Diria que hay entre ellos mas [illegible] excéntricos é inveterados y entre [illegible] juzgadores, que el diputado ing[illegible] y el diputado [illegible] pesar de ser [illegible] plebeyo [illegible] que el uno [illegible] las grandes [illegible] mas de las [illegible] temática; y el otro [illegible] uno es mas sensible al interés [illegible] razon, y el otro á las [illegible] y á los rasgos patéticos, á los golpes de Estado y á las aventuras; que el uno es mas sarcástico y amargo en sus invectivas y el otro mas inclinado á la personalidad fina y burlona; que el uno es mas grave y religioso, y el otro mas alegre é incrédulo; que el uno cita sobradamente en sus arengas [illegible] Homero, la Biblia, Shakespeare y Milton, y el otro no podria recordar los nombres y [illegible] nal sin hacer bostezar ó reir á los [illegible] que el uno no obra sino con esfuerzo y [illegible] bros sólidos pero macizos y pesados, [illegible] adivinado por la inteligencia viva y [illegible] antes que haya acabado su frase; [illegible] á su placer largos periodos de argumentos [illegible] tadas de ciencia, de derecho y literatura, mientras que el otro ofenderia el gusto sencillo y delicado de nuestra nacion si formase

O'CONNELL.

Apenas acababa Mirabeau de extinguirse en medio del brillante resplandor de su genio, cuando ya se levantaba un nuevo astro en el horizonte de Irlanda.

Si yo me propusiera considerar á O'Connell únicamente como orador parlamentario, principiaria por comparar la nacion británica á la nuestra y nuestra tribuna á la suya.

Diria que hay entre ellos mas hidalguillos con preocupaciones excéntricas é inveteradas y entre nosotros mas embrolladores y *juzgadores;* que el diputado inglés lo atribuye todo á su partido, y el diputado francés todo á sí propio; que el uno es aristócrata á pesar de ser plebeyo y el otro es plebeyo á pesar de ser aristócrata; que el uno se envanece mas de las grandes cosas y el otro se jacta mas de las pequeñas, que el uno hace siempre una oposicion sistemática; y el otro casi siempre una oposicion individual; que el uno es mas sensible al interés, á los cálculos, á la decencia y á la razon, y el otro á las imágenes y á los rasgos patéticos, á los golpes de Estado y á las aventuras; que el uno es mas sarcástico y amargo en sus invectivas y el otro mas inclinado á la personalidad fina y burlona; que el uno es mas grave y religioso, y el otro mas alegre é incrédulo; que el uno cita sobradamente en sus arengas á Virgilio, Homero, la Biblia, Shakespeare y Milton, y el otro no podria recordar los nombres y rasgos de su propia historia nacional sin hacer bostezar ó reir á los espectadores y al parlamento; que el uno no obra sino con esfuerzo y lentitud en aquellos cerebros sólidos pero macizos y pesados, mientras que el otro es adivinado por la inteligencia viva y adelantada de su auditorio antes que haya acabado su frase; que el uno levanta y construye á su placer largos períodos de argumentaciones indefinidas, atestadas de ciencia, de derecho y literatura, mientras que el otro ofenderia el gusto sencillo y delicado de nuestra nacion si formase

un hacinamiento de metáforas; y fatigaria nuestro entendimiento si la contextura de sus raciocinios fuese demasiado llena y tupida.

Podria añadir que entre los Ingleses hay mas fuerza, y mas gracia entre los Franceses. Allí hay mas ingenio, aquí mas talento. Allí mas carácter, aquí mas imaginacion. Allí mas política, aquí mas generosidad. Allí mas prevision, aquí mas actualidad. Allí mas profundidad en las especulaciones filosóficas y mas respeto á la dignidad de la especie humana, aquí mas inclinacion á mirarse coquetamente á sí mismo en el espejo de su palabra, sin tener en cuenta los méritos y perfecciones de los demás. Enfin una de esas dos naciones ama mas la libertad, y la otra la igualdad. La una es mas orgullosa, la otra mas vana. La una infatuada en favor de una falsa devocion, la otra escéptica en casi todas las cosas. La una sabe preparar y esperar el triunfo de su causa, la otra precipita la ocasion y está impaciente por vencer bajo cualesquiera gefes que sean. La una se retira á un rincon para enfurruñarse, la otra va dando saltos y así que oye el primer compás se mezcla á toda clase de contradanzas; el Ingles calcula lo que su sangre debe producirle en territorios é influencia, y el interés que ha de sacar de su dinero; el Francés derramando la una sin saber donde y el otro sin saber como.

Y diria que los dos á pesar de sus vicios y defectos son la expresion de un gran pueblo, y que mientras la tribuna inglesa se levante enmedio de los mares y en su isla resplandeciente y soberbia, y mientras que la tribuna francesa permanezca en pié enmedio de los escombros de la aristocracia y del despotismo, la libertad del mundo no perecerá!

Pero yo no trato de retratar aquí al orador parlamentario, ni á Demóstenes defendiendo su propia causa en el foro oligárquico de Atenas; ni á Mirabeau ostentando las magnificencias de su palabra en el salon de Versalles delante de los tres órdenes, el clero, la nobleza y la clase media; ni á Burke, Pitt, Fox, Brougham ó Canning (1) conmoviendo las vidrieras de Whitehall con los rayos

(1) Burke, célebre orador irlandés, natural de Dublin, brilló en la cámara de los comunes por su elocuencia, se mostró favorable á las pretensiones de la América inglesa, atacó con virulencia Hastings, gobernador de la India oriental, que habia abusado de su poder, se mostró enemigo de la Revolucion francesa, y aun la atacó con la pluma en una obra que fue refutada por Thomas Payne.

Guillermo Pitt, célebre ministro inglés y heredero del odio de su padre por

de su elocuencia universitaria; quiero pintar otro género de elocuencia, una elocuencia que no tiene nombre, prodigiosa, que pasma, sin preparacion, y como jamás la oyeron los antiguos ni los modernos; quiero pintar á O'Connell, al grande O'Connell, en pié sobre el suelo de su patria con los cielos por cúpula, la vasta llanura por tribuna, un pueblo inmenso par auditorio, y por objeto de sus discursos el pueblo irlandés, y por eco las aclamaciones universales de la multitud, semejantes á los retumbos de la tempestad y al rugido de las olas sobre las arenas y playas del Océano!

la Francia, concluyó contra esta nacion, en 1788, la triple alianza de la Inglaterra, Prusia y Estados-Unidos; fomentó los disturbios de la Revolucion, rompió con la República francesa en 1793, y continuó la guerra hasta el tratado de Amiens (1802), acarreado por el de Luneville; retirándose Pitt del ministerio, pues su odio contra la Francia no le permitia firmar el tratado de Amiens. Pero, renovándose poco despues la guerra, volvió Pitt á su antigua dignidad, y formó contra la Francia una tercera liga que no pudo impedir repetidos triunfos de la nacion enemiga, y la paz de Presburgo (1805) que siguió á la victoria de Austerlitz. Pitt murió poco despues, y dícese que la prosperidad de la Francia acarreó su muerte.

Carlos Fox, que generalmente pasa por el orador mas elocuente producido por la Gran-Bretaña, se mostró, como Burke, favorable á la América inglesa, se puso por su elocuencia al frente del partido whig, llegó á ser ministro en 1782, concluyó la paz con la Francia, y se mostró muy adicto á la revolucion francesa. Retirado del ministerio, abogó siempre por la libertad y tolerancia, oponiéndose calurosamente á su sucesor Pitt, á quien reemplazó despues de su muerte.

Lord Brougham, canciller de Inglaterra, nacido en 1779 en Edimburgo, se distinguió desde su adolescencia por sus conocimientos extensos y vida estudiosa. Brougham se ilustró mas adelante por las famosas causas que defendió, entre las cuales figuran las de lord Rixbourg y la reina Carolina acusada de adulterio por el mismo Jorge IV; como igualmente por sus luchas parlamentarias y fundacion de la *Revista de Edimburgo*. En 1830, lord Grey le ofreció la dignidad de canciller, y poco despues Brougham, nombrado baron y lord, era presidente de la cámara alta.

Desde entonces lord Brougham ha resistido al movimiento popular á que debia su fortuna, si bien en 1848 lo hemos visto solicitar la dignidad de ciudadano francés. Crémieux, ministro en aquel entonces, le respondió que si queria sinceramente gozar de los cargos y privilegios anexos al título de ciudadano francés, era necesario renunciar á su calidad de Inglés. Esta respuesta no satisfizo al noble lord que al solicitar formar parte integrante de la nacion francesa, no tenia mas mira que proteger su propiedad en Cannes contra vanos temores de saqueo de parte de la multitud.

Mas adelante propuso Brougham en pleno parlamento la expulsion de los refugiados franceses, proposicion que fue unánimemente rechazada, y la vieja

Jamás en ningun siglo ni en ningun pais hubo hombre alguno que adquiriese sobre su nacion un imperio tan soberano, absoluto y completo. Él es en cierto modo y por sí solo, su ejército, su parlamento, su embajador, su príncipe, su libertador, su apóstol, su Dios (1).

Sus progenitores descendientes de los reyes de Irlanda llevaban pendiente de la cintura la cuchilla de las batallas. Él, como tribuno del pueblo lleva tambien la cuchilla en los combates de la palabra, la cuchilla de la elocuencia que es mas temible que la espada.

Mirad á O'Connell con su pueblo, porque realmente su pueblo es; vive de su vida, se rie cuando él rie, vierte sangre de sus heridas, se queja de sus dolores. Él le arrastra del temor á la esperanza, de la esclavitud á la libertad, del hecho al derecho, del derecho al deber, de la suplicacion á la invectiva, y de la cólera á la misericordia y á la compasion. Manda á sus Irlandeses que se arrodillen en tierra y oren, y vedlos como se arrodillan y oran; que levanten su frente hácia el cielo y la levantan; que maldigan á sus tiranos y maldicen; que canten himnos á la libertad, y los cantan; que se descubran y presten juramento con la cabeza desnuda y la mano extendida sobre los santos Evangelios; y se descubren, levantan la mano y juran; que firmen peticiones para la reforma de los abusos, que unan sus fuerzas, olviden sus querellas, abracen á sus hermanos, y perdonen á sus enemigos; y firman, se unen, olvidan, se abrazan y perdonan!

Nuestro Berryer no habita mas que en las altas regiones de la

Inglaterra repudió con asco tan inicua idea, tan contraria á sus tradiciones, que solo podia emanar de un plebeyo improvisado lord, que mendigaba pocos años hace y por motivos de codicia, el título de republicano francés.

Jorge Canning, nacido en 1770, y muerto en 1827, se distinguió desde temprano por su elocuencia y abrazó el partido de Pitt. Ministro en 1807, manchó su memoria con el alevoso bombardeo de Copenague. Retiróse de los negocios en 1809, mas fue elegido en 1822 para suceder al lord Castlereagh, y ocupó el ministerio hasta su muerte, mostrándose mas favorable de lo que era de esperar á las ideas liberales, uniéndose á los whigs, apoyando la emancipacion de los católicos irlandeses y preparando la independencia de la Grecia. (N. del T.)

(1) « Os quejais, decia lord Wellington á los lores en 1836, que tengamos « siempre en la boca el nombre de O'Connell, y que dirijamos nuestros es« fuerzos á la ruina de un hombre solo; pero este hombre es un poder. »
(N. del T.)

política, y no respira mas que la flor escogida de la aristocracia; pero su nombre no ha descendido al taller ni á la cabaña. No ha bebido en la copa de la igualdad; jamás ha tocado las toscas herramientas de los artesanos; jamás ha hablado con ellos, jamás ha apretado su mano encallecida; jamas ha acercado su corazon al suyo ni ha sentido sus latidos; pero O'Connell ¡qué Irlandes y qué popular es! ¡qué estatura! ¡qué formas atléticas! ¡qué vigor de pulmones! ¡qué dilatacion, qué ensanche en aquel cutis animado y florido! ¡qué dulzura en aquellos ojazos azules! ¡qué jovialidad! ¡qué numen! ¡qué agudezas! ¡qué bien lleva su cabeza sobre aquel cuello musculento, su cabeza echada hácia atras y en la que se pinta su altiva independencia!

Lo que le hace tan incomparable á los oradores de su pais como á los nuestros, es que sin premeditacion alguna y por la sola fuerza, por el solo impulso de su potente y victoriosa naturaleza, entra enteramente en su sujeto y parece mas poseido que posesor de él. Su corazon rebosa y va por saltos y brincos de modo que pueden contarse sus pulsaciones.

Como un corcel de raza á quien se detiene de repente sobre sus piernas nerviosas y estremecidas, del mismo modo O'Connell puede detenerse en la carrera desenfrenada de su elocuencia, inclinarse á un lado y volverla á emprender. ¡Tal es la presencia, resorte y vigor de su ingenio!

Al verle se creeria que vacila y va á sucumbir bajo el peso del dios interior que le agita. Luego se reanima con la aureola en la frente y los ojos centellantes, y su voz que nada tiene de mortal, principia á resonar en los aires y á llenar todo el espacio.

¿Cómo explicar, cómo definir ese genio excepcional que no descansa en un cuerpo siempre en movimiento y que basta para la expedicion de las causas civiles y criminales, para el trabajoso estudio de las leyes, para la inmensa correspondencia con los agentes de la Asociacion, y para la agitacion nocturna y diurna de siete millones de hombres; esa alma de fuego que enardece á O'Connell sin consumirle; ese espíritu de una mobilidad tan increible que desflora todos los asuntos sin ajarlos, que se aumenta con todo el espacio que ha recorrido, que se multiplica derramándose, que renace y se fortifica con su misma extenuacion, que consume sin repararse, que se entrega y abandona sin cesar de pertenecerse á sí mismo; ese fenómeno de una ancianidad tan lozana y vigorosa, esa vida poderosa que encierra en sí tantas otras